



El desprendimiento personal como parte

Por: **Monseñor Juan Vicente Córdoba Villota**
Obispo electo de Fontibón
Secretario General de la Conferencia Episcopal

esencial del proyecto humano

En el ser humano la dignidad como persona coloca al hombre y a la mujer indudablemente por encima de toda otra realidad tangible. Ontológicamente, la dignidad estriba en que es humano, sin importar la condición, credo, raza, y nación, y es merecedor de todo respeto con la facultad de hacer uso de sus derechos y de sus deberes. Teológicamente, sabemos que la dignidad del ser humano reposa sobre su filiación divina, es decir, como hijo de Dios y, por tanto, merece como tal respeto y dignidad.

El género humano lleva en sí mismo un ideal de vida, que le permite buscar y discernir el fin para el cual existe o por el cual ha sido creado. Su teleología o finalidad existencial consiste en expresar sus potencialidades para el bien de sí mismo y de los demás, proyectándose en un servicio que le ayuda a descubrir su misión.

La misión en el hombre es lo que llamamos vocación, su capacidad de desprendimiento, su poner en acción el proyecto de vida que le permitirá hacer realidad su ser, su actuar y su deber ser.

El verbo latino *vocare* significa en su acepción literal "llamar", con su respectivo sustantivo que denominamos *llamado*. El llamado se ha logrado definir de manera más amplia y existencial en el ser humano con la palabra *vocación*.

El conjunto de potencialidades, destrezas, habilidades, cualidades y fortalezas que reviste una personalidad humana, apunta hacia el poner en acción en forma integral todas esas características, que direccionan las opciones y libres determinaciones del hombre. Se trata de expresar en un todo lo que puede llevar a cabo para su bien y el de los demás. Este proceso reviste una serie de actividades cognitivas, físicas, emocionales, volitivas y espirituales que puestas en acción, de manera mancomunada, con un objetivo final, claro y cubriendo necesidades básicas del ser humano, podemos denominar como vocación.

En ese escenario, el gran imperativo existencial del ser humano es descubrir el sentido de su existencia, con preguntas experienciales tan sencillas, como: ¿quién soy yo? ¿de dónde vengo? y ¿para dónde voy? Este proceso con preguntas de sentido, insta al hombre a la gran aventura de definir su existencia con miras a vivir a plenitud un proyecto de vida. La felicidad, su dignidad, los demás, el mundo que lo rodea, su autoestima, su estabilidad emocional, su relación afectiva con los demás y su comunicación con El Trascendente, quien para los creyentes es Dios, formarán un maravilloso espectro de posibilidades que interrelacionadas entorno a un fin que da pleno sentido, se convierten en un paradigma de vida, que vale la pena vivir. Este extraordinario proceso es lo que llamamos vocación.

"El conjunto de potencialidades, destrezas, habilidades, cualidades y fortalezas que reviste una personalidad humana, apunta hacia el poner en acción en forma integral todas esas características, que direccionan las opciones y libres determinaciones del hombre".

I. La estructura vocacional

La realidad vocacional tiene una estructura, que a grandes rasgos podemos caracterizar de la siguiente manera:

El que llama

El ser humano experimenta su realidad vocacional con la experiencia de la necesidad de dar sentido a su existencia en sí mismo, hacia los demás y hacia un ser superior cuando se vive esa fe.

En la vocación personal o llamado a realizar en la vida un proyecto que le permite en sí mismo, con los demás y/o con Dios una misión que lo hace feliz, el sujeto que llama puede ser las mismas cualidades, potencialidades personales que piden ser puestas en acción, las necesidades de los demás en donde la sociedad pide un servicio concreto a quien lo puede dar, y para quien tiene una viva y existencial relación con Dios, es Él quien a través de todo lo anterior lo llama a un plan concreto de vida.

Hay quienes sienten el llamado por una, dos o las tres razones anteriores y se sienten motivados a obtener a cabalidad el fin pretendido, en el cual la persona pone en acción todo su ser con sus fortalezas y potencialidades, es respetado, valorado y requerido por la sociedad cuando se le pide servir, colaborar y ayudar a los demás en proyectos de personas individuales, de grupos, instituciones y de la sociedad en general; y finalmente, cuando en su dimensión espiritual, con una fe madura que involucra todo el ser de su vida, siente la real y maravillosa presencia de Dios en su existencia, que no sólo lo hace feliz sino que lo llama a acompañar a otros en el proceso de imprimir plenitud a su existencia.

En el primer caso es cuando una persona siente que por sus habilidades y destrezas debe dedicar su vida a la vocación de pintor, de bailarín, de poeta, de músico, de artista, de padre y/o madre, de promotor social, de organizador, de líder, de segundo a bordo y de tantas posibilidades que el ser humano en su riqueza personal y social puede desempeñar.

En el segundo caso es cuando la persona con todas sus cualidades, fortalezas y limitaciones, siente que la sociedad, grupos de trabajo, la Patria, la familia y simplemente quien lo rodea, necesita de su gestión para el bien común y de cada persona, lo que llamamos una vocación concreta de servicio.

En el tercer caso, es cuando la persona integra su vida desde la dimensión espiritual de su ser en una profunda, viva y rica relación con Dios, autor de todo lo bueno, fuente de vida y de todo amor, y se siente llamado a un proyecto de vida de entrega a Él. Lo anterior implica una proyección a los demás, en una donación total de sí por una causa, fin o proyecto que permite otorgar plenitud a la persona por entregarle a Dios y a los demás todo su ser y sus carismas, hacer felices a los demás por sus acciones que responden a necesidades concretas de la sociedad, cuyo cubrimiento hace plena a la persona, colmando a los demás. Dios es el que llama, y el hombre es el que responde.

“En ese escenario, el gran imperativo existencial del ser humano es descubrir el sentido de su existencia, con preguntas experienciales tan sencillas, como: ¿quién soy yo? ¿de dónde vengo? y ¿para dónde voy?”.



El sujeto llamado

El llamado o vocación es directo a la persona en su integralidad total. Solamente cuando la persona pone en acción todas sus potencialidades y en forma libre y voluntaria acepta la misión que se le encomienda, podemos afirmar que se ha puesto en camino de ejecutar el proyecto de vida que implica el servicio a los demás, la plenitud de su ser y la respuesta a la iniciativa divina cuando hay fe. Por ejemplo, solamente cuando el arquitecto, el ingeniero, el médico, el sacerdote o el militar por hacer algunas alusiones, toma la decisión de prepararse, estudiar, poner los medios y actuar según las condiciones de cada carrera, situación o estado de vida, podemos decir que está respondiendo, como sujeto que ha recibido un llamado, a su vocación.

La misión a la cual es llamado

La vocación no es etérea, conceptual ni teórica solamente, sino concreta, con fines y objetivos generales y específicos definidos y con

procesos claros y realistas. Cuando la persona ha percibido una vocación y deja todo en el plano emocional, teórico e idealista, se lanza a vivir esa interesante aventura, y en el camino experimenta una frustración, una dificultad o una confusión, y abandona su determinación o desiste, esa no era su vocación o su llamado. Parte de la madurez de una persona para seguir y vivir una vocación es la claridad objetiva con todas sus implicaciones, sacrificios y renunciaciones de una misión que no es ambigua y de la cual está enamorado.

La dimensión y el sentido de esa misión

La misión no consiste solamente en actuar y ejecutar actividades concretas, con la idea de que una vez terminadas ya finalizó esa misión. Se trata, de un proceso muy largo, en muchos casos de por vida, que exactamente es vocación en cuanto se integra toda la vida de la persona en el ser, en el espacio y en el tiempo. De tal manera la vocación y la persona son prácticamente una sola, esta no se encontraría a sí misma sin la vocación a la cual ha sido lla-



mada, realidad que nos remite a un concepto de vocación intrínsecamente ligado a la dimensión de sentido de la vida de la persona.

El sentido que imprime la vocación en la persona llega a tal punto, que si el sujeto por variadas razones no vive esa vocación, no la encontró o se retiró de ella, su vida tendría visos de frustración y desconcierto. Si un pintor o un amante de la naturaleza y del campo, por muchos factores nunca pude ejercer o vivir esa realidad, siempre estará como en deuda consigo mismo porque le falta algo que podría llegar a ser esencial para el sentido de su existencia.

Los medios que se requieren para llevar a cabo la misión

La vocación implica, como hemos dicho, una misión específica, con unas características muy determinadas. Para asumir la vocación hay que ser muy claros y contundentes en la selección de los medios de toda índole, que se necesitan como condición para prepararse y vivir la misión que esta requiere. Por ejemplo, si tengo una inteligencia abstracta con una aptitud a las matemáticas o a la física, nunca podré vivir a plenitud esa vocación de realización personal y de servicio a los demás, si no concreto los medios de ingresar a una facultad de Educación Superior que me proporcione procesualmente ese conocimiento. Además, si ingreso a estudiar lo que pretendo pero dedico mi tiempo a otras actividades, buenas, malas, placenteras y contradictorias, nunca asumiré mi pre-

paración para esa vocación con la seriedad y responsabilidad que ella requiere.

Los resultados esperados en esta gestión

Una vocación vivida, con objetivos claros, con los medios pertinentes que se necesitan y con la decisión de la voluntad para integrar todo el ser en esa aventura, estilo de vida o acción, tendrá que dar unos resultados verificables y evaluables, con estándares de medición objetivos, que permitan corroborar la excelente elección de esta vocación o estilo de vida. Si soy sacerdote, policía, médico o ganadero, debo verificar que los resultados de mi gestión en la vocación que vivo, deben ser los esperados de acuerdo con el proyecto global de ese llamado. Si noto que mi gestión, mi acción y mi vida cotidiana, aunque tenga altibajos y momentos difíciles, me proporciona plenitud y me llena, tanto en mi ser como en mi relación de servicio a los demás, y los resultados que voy obteniendo son una señal de vivir con felicidad y satisfecho de haber puesto en acción los dones recibidos, me sentiré confirmado de la buena elección de una vocación que realmente es la mía. Esta realidad dará sentido de vida a mi existencia.

II. La vocación y la sociedad

Si bien la vivencia de una vocación, ante todo, me proporciona una madura y necesaria satisfacción del deber cumplido o del gusto que siento por poner

“Si soy sacerdote, policía, médico o ganadero, debo verificar que los resultados de mi gestión en la vocación que vivo, deben ser los esperados de acuerdo con el proyecto global de ese llamado”.

en práctica mis dones, carismas y cualidades, ella misma debe tener una directa relación con la sociedad conformada por los semejantes, en la cual mi actividad y mi acción cotidiana será un aporte, a manera de grano de arena, para el buen desarrollo y funcionamiento del conglomerado humano, grupo social o institución.

Solamente cuando verifico existencialmente y con parámetros referenciales que el ejercicio de mi vocación es importante para los demás, y no sólo da sentido a mi ser sino que aporta para que los demás encuentren y vivan el sentido de su existencia, podemos concluir que hay una auténtica y madura vocación o llamado a un estilo de vida y a un servicio sin el cual, la sociedad no podría desarrollarse, para bien de todos, con sostenibilidad y calidad de vida.

Conclusión

Podemos confirmar que en el proceso vocacional la madurez humana y/o la madurez espiritual son condiciones sin las cuales es imposible responder al llamado. Si una persona es infantil, se busca a sí misma y sólo espera gratificaciones en todos los momentos de su vida, no ha entendido ni ha vivido lo que significa optar en esta, pues, toda elección implica renunciaciones, con los sacrificios y perseverancia concomitantes a ella. Una vocación implica control de sí, claridad mental, llevar a término lo comenzado, una voluntad férrea para no desviarse del camino, valores muy bien internalizados para no decaer ante la adversidad y la dificultad.

Espiritualmente quien sigue una vocación como llamado de Dios debe tener una muy madura

relación con Él, una fe, una esperanza y una vivencia de amor muy firmes, hasta tal punto de relativizar todo, por más atractivo y seductor que sea, con tal de responder personalmente al llamado personal del Creador. Por ejemplo, la vocación al matrimonio, la vocación sacerdotal y religiosa, la vocación a una vida militar de servicio a Dios y a la Patria igualmente con su bendición, tendrán unos sacrificios de tales dimensiones, que solamente con la fuerza de la unión con El Todopoderoso, de la oración y de la satisfacción del deber cumplido ante la misión recibida de parte de Él, podrá llevarla adelante hasta su fin sin desfallecer ni frustrarse. ✎

